

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiero decir que no tengo ese vicio.

—Así lo creo: anda, y cuidado conmigo.

»Me vestí el traje de gala, y me lancé á la calle.

»¡Dos duros! — me decía yo á mí mismo—¡dos duros! ¡Cuántos pasarán á mi lado que carezcan de diez pesetas! Infelices. Vamos á ver, ¿que hago yo con este capital?

»Hay bailes de máscaras, y yó no he visto un baile de máscaras. Voy al baile: en Capellanes empieza á las nueve; puedo disfrutar durante tres horas de las emociones de un baile. Soy libre, autónomo; tengo padre, pero no funciona esta noche para mí.

»Y pensando y andando, llegué á las puertas de Capellanes.

»¡Qué emoción! Me parecía que aquellos pelotones de máscaras hembras que aguardaban la limosna billetes para señora, que aquellos pobres hombres que rondaban los alrededores del edificio, me miraban con envidia, como diciendo: «Ese caballero entrará; es de los que pueden pagar un billete.

—¿Tienes alguno de señora?—me preguntó una aldeana de la época de Luis XIV con ramificaciones de la realeza.

—Le compraré—respondí.

»Una máscara decente quizás me hubiera replicado:

—No te molestes.

»Pero aquélla me dijo:

—Si tú eres tan amable, cómprale.

»¡Cuántas simpatías despierta el dinero!—pensé—¡y qué guapa es esta muchacha!

»No podía verla el rostro porque le llevaba oculto con el antifáz; pero yo me le pinté á mi manera.

—Es mi tipo. —añadí mentalmente, mientras me aproximaba al despacho.

—Ya que eres tan bueno—volvió á decir con su voz dulce y cariñosa la aldeana falsificada, —toma tres; por-

que somos dos hermanitas huérfanas y mamá.

— ¡Huérfanas y con mamá!—exclamé.

—Sí, tonto, —replicó riendo;—huérfanas de padre: ya te contaré la historia.

»Soy el muchacho más travieso y más afortunado de la creación: apenas llego, ya tengo historia y pareja, ó parejas, para bailar: y todo por una friolera.

—Dos... no... tres billetes—dije al individuo que despachaba las entradas para el paraíso de Capellanes;—dos de señora y uno de caballero.

»Me los dió con suma galantería, en cuanto los pagué, y me aproximé á mis mascaritas.

—Toma, — dije á la aldeana, entregándola los dos billetes;—pero tu mamá no podrá entrar sin...

—Mamá—respondió la *jardinera* que acompañaba á mi primera amiga—no necesita billete, porque es de pecho.

—¿De pecho?—pregunté con asombro.

«Las tres máscaras soltaron el trapo á reír.

— Sí, tiene billete—replicó mi aldeana;—dame el brazo, sino tienes mejor compromiso.

»Semejante amabilidad me mareaba.

»¡Una muchacha preciosa, porque yo así me lo imaginaba, pidiéndome el brazo y tuteándome! ¡Si lo supiera Elena! una joven suboficiala de modista con el grado inmediato, y á quien adoraba como ella á mí! ¡Una muchacha candorosa, que, así como yo, no había asistido jamás á un baile de máscaras, ni aun de seglares; un ángel, engañado por mí de aquella manera!

—¡Qué ajena estará ella de mi perversidad,—pensé.

»Pero pronto se borró su imagen de mi memoria: la luz, el ruido, la animación y aquel aroma de ámbar y esen-